

EVANGELIZACION Y EDUCACION

Eduardo Ortiz, S.J.

*Ponencia presentada en la
Asamblea General de Educadores
de la Provincia de Venezuela
tenida en Mayo de 1976*



INTRODUCCION

Vamos a tratar de la evangelización en el contexto de nuestras obras educativas.

Esta comunicación no pretende ser informativa. Más bien busca expresar unas ideas conocidas que estimulen la reflexión y la discusión.

Por eso tampoco se pretende que al final todos estén de acuerdo. Bastaría con que, también los que disientan, encuentren aquí ocasión para formular con más precisión su desacuerdo.

1. AL SERVICIO DEL EVANGELIO.

Lo más importante es hablar de los contenidos de la evangelización. Pero antes conviene examinar nuestra relación personal con la tarea misma de evangelizar.

"La responsabilidad de diseminar la fe -nos dice la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II- incumbe a todo cristiano" (L.G.17). Tanto el laico como el sacerdote tiene en común esta tarea. Más aún; es ella la que, en modos diferentes, motiva las opciones fundamentales de nuestra vida, y la que concretamente da sentido a nuestro trabajo de educadores.

Me voy a fijar ahora sin embargo, prioritariamente, da da la constitución del auditorio, en la relación que existe entre la vocación sacerdotal y religiosa y la proclamación del evangelio. En su grado, como indicaremos luego más explícitamente, esto se aplica a todos. Ya que a todos los cristianos les dice Pedro: *"Ustedes son linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo adquirido por Dios; para publicar las proezas del que les llamó de las tinieblas a su maravillosa luz"* (1Pe. 2,9-10).

Hace apenas diez años se planteaba mucho esta pregunta: ¿Qué hace un sacerdote enseñando matemáticas? Y el estudiante pensaba: Para no actuar como sacerdote, no me ordeno. Lo que voy a hacer lo puedo hacer igual de bien como estoy.

En torno a este punto ha habido un cambio de perspectiva últimamente. Porque el razonamiento anterior suponía una concepción del sacerdocio bastante discutible y muy reducida. Vamos a verlo.

A grandes rasgos hay dos formas de concebir el sacerdocio; una piensa en términos de servicio o ministerio predominantemente cultural; en cambio, la otra considera al sacerdote, sobre todo, como un evangelizador, capacitado por otra parte para culminar, en determinados momentos, su servicio al evangelio con el ministerio específicamente sacramental.

El primer tipo, por lo tanto, sentirá que si no está

haciendo culto de alguna forma, no está practicando su sacerdocio; y por eso cuando percibe que su comunidad no le exige la sacramentalización, pensará que le sobra el sacerdocio. En esta mentalidad tiene sentido la pregunta: ¿Qué hace un sacerdote enseñando matemáticas?.

Para la segunda concepción, en cambio, esta pregunta no tiene mucho sentido. Aquí lo sacramental aparece como una posibilidad culminante que quizás llegará muy raras veces, pero que no es la única que da sentido a la vida sacerdotal. Toda comparación es ambigua, pero fijémonos en la vida matrimonial. A nadie se le ocurre medir, la intensidad, madurez o profundidad de una unión por el número de veces que una pareja hace el amor. La carencia de este signo indicará ciertamente una falla básica en la relación mutua, pero no hay proporción directa entre la frecuencia del signo y el amor. Pasando a nuestro caso. El sacerdote actual, es digamos, más remiso en lo sacramental. No dice Misa todos los días, por ejemplo, y normalmente jamás se preocupa de cosas como contabilizar confesiones o comuniones. Pero difícilmente se podrá atribuir esto a menos sinceridad o convicción en su sacerdocio. Simplemente, en la base hay otra concepción distinta... *"Porque Cristo -dice Pablo- no me envió a bautizar, sino a dar la buena noticia" (1 Cor.1,17).*

Esto tiene mucha más validez con miras al futuro para un sacerdote que además es religioso. Me explico. Actualmente se discute mucho sobre el celibato, y en el fondo las dos posturas se apoyan de nuevo en las dos concepciones que hemos mencionado del sacerdocio. Si el sacerdote es un servidor del culto, parece indudable que pueda estar casado sin que esto obstaculice a su trabajo. En cambio, si es un evangelizador que orienta toda su existencia al servicio de la buena noticia, el celibato adquiere mucho más sentido. Quede como quede en el futuro la disciplina canónica, nosotros hemos elegido de antemano el celibato como entrega de toda la vida al evangelio.

De aquí podemos sacar al menos dos consecuencias:

Primera: En esta nueva concepción, tan antigua por otra parte como el evangelio, cambia sustancialmente

la relación de padres y hermanos dentro de una orden religiosa, y la de religiosos y no religiosos dentro de una obra educativa. Los hermanos y los laicos participan de lo más fundamental de la misión del sacerdote. También ellos son evangelizadores por vocación. No son los auxiliares al servicio del sacerdote. En todo caso sería al revés. Lo cultural es una diakonía, un servicio que incluso se encarga en el Nuevo Testamento a ayudantes de los apóstoles, a los presbíteros y diáconos. Recordemos que en las listas de carismas (1 Cor.12,28-31; Rom.12,6-8; Ef.4,11) los dones de gobierno o de presidencia ocupan lugares muy bajos.

Segunda: La evangelización es tremendamente exigente y nos pide toda la vida. En una concepción sacral el sacerdote-profesor puede apoyar su identidad en la Misa diaria, el rezo del breviario, y quizás algún ministerio particular los fines de semana. En la concepción presente no es así. La pregunta de hace unos años se formula ahora con igual urgencia, aunque con distintos términos: ¿Para qué ser sacerdote y para qué ser religioso, si mi vida no está orientada totalmente al servicio del evangelio?

Es claro que la pregunta se puede trasladar con la misma fuerza de las personas a las obras: ¿Para qué mantener obras que no aciertan a ser radicalmente evangelizadoras?. Ahora suena más profunda la frase de Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizare!" (1 Cor.9,16). No es un ¡ay de mí! que nos amenaza con penas eternas si no cumplimos con nuestro deber. Ya en esta vida tiene validez el ¡ay de mí! . Estoy perdiendo mi vida. He renunciado a una serie de valores profundamente humanos, y no los estoy sustituyendo con nada. Soy un egoísta, un parásito y un desdichado.

2. CONTENIDO DE LA EVANGELIZACIÓN.

A. Perspectivas en Conflicto.

Después de lo dicho, aún queda casi todo por aclarar, porque nos falta ponernos de acuerdo en lo que significa evangelizar. A primera vista eso estaría básicamente claro, sobre todo después de la Exhortación Apostólica "Evangelii

Nuntiandi" de Pablo VI.

Sin embargo, la lectura de este documento en su contexto histórico da un resultado bastante desconcertante.

En primer lugar, la Exhortación se presenta como conclusión del Sínodo de 1974. Pero sabemos que ese Sínodo no pudo presentar un documento final porque surgieron puntos de vista discordantes y conflictivos. El borrador presentado por el Vaticano fue rechazado en su totalidad a la primera votación, por demasiado abstracto e intemporal. Otro documento elaborado extraoficialmente por un Obispo Indio, de tono más tercermundista, nunca pudo ser discutido porque la presidencia del Sínodo se negó a reconocer su existencia, a pesar de que varios participantes pidieron públicamente que fuera ésa la base del documento final. Ahora bien; cualquier comparación, por somera que sea, percibirá coincidencias fundamentales de orientación y contenido entre el borrador primero del Vaticano y la Exhortación Apostólica.

Pero además, una regla fundamental de la hermenéutica es que un documento, de cualquier tipo, no se puede interpretar sin leerlo junto a los que lo complementan; en este caso, junto a los demás documentos del magisterio. Esta lectura hace ver que la Exhortación contrasta notablemente con la 'Gaudium et Spes', las conclusiones de Medellín, el Sínodo de 1971 sobre la justicia en el mundo, las dos declaraciones del Sínodo de 1974 sobre evangelización, y aun con la 'Populorum Progressio' y la 'Octogésima Adveniens' del mismo Pablo VI. Por eso, mal intérprete sería quien leyera sólo un documento silenciando los demás.

Las diferencias más notables están en los énfasis. Es muy distinto, por ejemplo, conceder que la salvación comienza en el presente, pero insistir en que culmina en el más allá, que conceder que culmina en el más allá, pero insistir que comienza acá.

No es el momento de meternos en un análisis comparativo detallado de los distintos documentos; pero sí puede iluminar el mencionar un par de puntos.

Tomemos la 'Gaudium et Spes'. Esta comienza por la 'situación del hombre en el mundo de hoy'; mientras que 'Evangelii Nuntiandi' parte de 'el testimonio y la misión de Jesús'. Por eso la primera parte de la G.S. hubiera tenido que ser diferente de haber sido escrita en otro siglo; mientras que la E.N. suena igual en cualquier época. Esto en cuanto al punto de partida.

Veamos ahora, en un párrafo, cómo se relacionan el Reino de Dios y las preocupaciones del presente.

Dice E.N.: *"Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el Reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en "lo demás", que es dado por añadidura. Solamente el reino es pues absoluto y todo el resto es relativo. El Señor se complacerá en describir de muy diversas maneras la dicha de pertenecer a ese Reino, una dicha paradójica hecha de cosas que el mundo rechaza..."* (n.8).

Dice en cambio la G.S.: *"Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no sólo comunica la vida divina, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos..."* (n.40).

El mismo Pablo VI había dicho en la 'Octogesima Adveniens': *"Hoy más que nunca, la Palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada, si no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo operante en la acción de los cristianos al servicio de sus hermanos, en los puntos donde se juegan su existencia y su porvenir"* (n.51).

Una relectura de estos documentos hará ver que los paralelos citados no han sido rebuscados para agudizar contrastes. Las diferencias son patentes en cada página. Y sin embargo, todos ellos tratan de responder a la misma pregunta: ¿Cuál es para el hombre de hoy la buena noticia del evangelio?.

Como ya hemos indicado, los contrastes están sobre todo en los énfasis. Propiamente no hay contradicciones, pero tampoco hay convergencias. Sería tan inexacto exagerar las diferencias como querer minimizar los conflictos. Sobre todo cuando la Iglesia está hoy tan profundamente separada por estos diferentes puntos de vista, que es incapaz de presentar en su trabajo y su predicación un rostro medianamente coherente; y cuando estas diferencias crean a veces enemistades tan virulentas dentro de la misma Iglesia.

Es distinto partir desde Dios e intentar llegar al hombre, que partir desde el hombre e intentar llegar a Dios; es distinto proponer respuestas para provocar preguntas, que escuchar preguntas para inventar respuestas; es distinto acentuar la distinción de planos que existió entre progreso humano y salvación, que recalcar su continuidad. Podríamos presentar las dos concepciones en dos frases invertidas: una dice que 'salvar es ya humanizar' la otra dice en cambio que 'humanizar es salvar'.

Quien dice que salvar es ya humanizar, piensa que lo importante es la predicación escueta de lo que él entiende por fe y religión. Si uno cree y cumple los mandamientos es sin más un hombre perfecto ante Dios. No importa que algunas exigencias de esa fe en determinadas circunstancias aparezcan como inhumanas; se trata sólo de una ilusión presentada por el cuerpo, que es enemigo del alma y se resiste a ser salvado. Lo importante y definitivo es alcanzar el cielo; la vida presente es caduca, es una prueba, un escenario donde nos toca representar un papel. El presente no carece de importancia; pero en último término es accesorio.

Por su parte, quien cree que humanizar es ya salvar, intentará ante todo hacer más feliz al hombre, y a la persona, más libre en todos sus niveles; y aunque en este proceso no siempre aparezca el evangelio explícitamente, eso no significa que esté ausente. Porque la buena noticia de Dios no puede contradecir a la dicha del hombre, sino que tiene que coincidir con ella.

La primera postura es más deductiva: piensa que sabe en qué consiste la salvación, y trata de que el "humanismo"

se doblegue a esa concepción previa. La segunda postura es inductiva. Reconoce que apenas conoce lo que tiene entre manos, que es el hombre, y partiendo de sus anhelos más valiosos y profundos, trata de intuir lo más difícil, que es la salvación prometida. Se sigue así un camino parecido al del plan de Dios, que se revela primero a través de acciones históricas, y definitivamente a través de un hombre, Jesús de Nazaret.

Puesto que esta postura parece la más convincente, y puesto que está en la línea de Medellín, Río, la Congregación General XXXII y la mayor parte de los documentos recientes del magisterio, concluiré desarrollando tres de sus características. No sería poco que, al menos en ellas, estuviéramos todos de acuerdo.

B. Características de la Evangelización.

1. a todo el hombre,
2. a todos los hombres,
3. desde ahora

Y todo esto, llevado hasta sus últimas consecuencias.

"Entre las muchas cosas que hemos tratado -dice el mensaje conclusivo del Sínodo de 1974- nos hemos ocupado con especial cuidado de la mutua relación que existe entre la evangelización y la liberación plena o integral de los hombres y de los pueblos. En esta cuestión de tanta importancia hemos experimentado una profunda unanimidad en afirmar de nuevo la íntima conexión que existe entre ambas. Nos ha animado a esto ante todo el evangelio mismo, que es una buena noticia de salvación para todo el hombre y para toda la sociedad humana, que ha de ser manifestada y comenzada ya ahora en la tierra, aunque sólo más allá de los límites de la vida presente pueda alcanzar su pleno cumplimiento" (n.12).

1. Salvar a todo el hombre.

No es posible salvar el alma sin salvar el cuerpo; para utilizar una nomenclatura ya abandonada por las ciencias,

pero todavía demasiado utilizada, con resabios platonizantes, en religión. Si alguien tiene hambre, no está aún salvado. Si alguien carece de cultura o de libertad, no está aún salvado. Si a alguien se le cierran las posibilidades de ser más, aún se le están cerrando posibilidades de salvación.

Y utilizamos aquí salvarse en el único sentido que tiene: salvar a la persona completa. De nada sirve decir que un hambriento, ignorante o encadenado puede alcanzar el cielo, cuando mientras vivía entre nosotros le hemos encerrado en un infierno. Por nuestra parte a esa persona no la hemos ni evangelizado ni salvado; sino que la hemos escandalizado y condenado.

La buena noticia, en boca de Cristo, es que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan (Mt.11,15); y él mismo, en otra parte, se considera enviado para anunciar la libertad a los cautivos, poner en libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor (Luc.4,18). En ninguna parte, en cambio, resume su misión diciendo que viene a salvar las almas, aunque esto sea también verdad.

Parafraseando el conocido texto de la primera carta de Juan, "quien no ama a su hermano, a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo" (4,20), podemos decir: "quien no salva el cuerpo, a quien está viendo, al alma, a quien no ve, no puede salvarla". Y repito que empleo aquí la nomenclatura cuerpo-alma, no porque satisfaga, sino porque tan a menudo sirve de excusa tácita a nuestra desidia para con el hombre.

A la persona se la salva tanto educándola, dándole trabajo y ofreciéndole casa, como bautizándola, confesándola y repartiéndole la comunión. Más aún; si me preocupo sólo de bautizar, confesar y repartir comuniones, pero me tiene sin cuidado la carencia de pan, casa y trabajo de los que se me acercan, estoy vaciando de sentido los sacramentos, y convirtiéndolos de 'signos' cristianos en 'ritos' mágicos, supersticiosos y alienantes.

Antes decía que el bienestar material era una 'prepara

ción para el evangelio'. Hacían falta en el oyente unas comodidades mínimas para que pudiera escuchar la buena noticia. Ahora esto nos parece poco. Liberar no es sólo un requisito de la evangelización, sino parte constitutiva de la misma. En palabras de la C.G.XXXII: "la promoción de la justicia es parte integrante de la evangelización" (D.4,n.30).

2. Salvar a todos los hombres.

Que la salvación sea para todo el hombre, en la práctica, con sus más y sus menos, todos lo admitimos. Nos cuesta más admitir, sin embargo, que la salvación tenga que ser para todos. Al menos no parecemos sentirnos llamados a proclamarla, con hechos, igualmente a todos.

Si promocionamos humanamente a un grupo que vive cerrado en sí mismo, en su clase social y en su clan, a esta promoción humana le falta una dimensión fundamental de apertura, y por lo tanto no se puede llamar evangelización. Y abrirse a otros significa no sólo compadecerse de sus carencias, o taparlas a medias con actividades esporádicas, que sirven más que nada para tranquilizar nuestra conciencia. Significa ante todo comprometerse hasta el fondo en destruir las estructuras injustas que favorecen la permanencia, y aun el acrecentamiento, de esas creencias.

Aquí es donde se nos está llamando repetidamente, en los últimos años, a hacer un serio examen de conciencia. Podemos decir que nuestro alumnos no han sido capaces hasta ahora de transformar suficientemente la sociedad. Cuando han llegado a posiciones de influencia, apenas si se han diferenciado en algo, en su actitud social, de los educados en centros oficialmente no-religiosos.

Esta es la razón de que muchas de las obras de la Iglesia se estén trasladando últimamente a zonas marginadas. Convencidos de que nuestra educación, a veces aun sin quererlo quienes trabajan en ella, han contribuido poderosamente a satisfacer las exigencias clasistas de la 'gente bien', que encuentra en nuestros colegios y universidades una formación apropiada a sus convicciones y deseos, queremos dar un

viraje. Si la educación con los poderosos no ha servido durante tantos años, para cambiar radicalmente las proporciones de marginalidad del país, ni la redistribución de su riqueza, estamos obligados a buscar otros caminos, y a dedicarnos de lleno a la promoción de esa inmensa multitud que está al margen de las posibilidades de ascenso.

Naturalmente que siempre es posible intentar nuevas formas de cambios desde arriba. Pero, ¿hasta cuándo nos va a estar permitido hacer experiencias cuando tantos miles mueren desalentados sin ver ningún resultado?.

Frases como las anteriores, sobre todo dichas desde fuera, suelen producir reacciones instintivas de defensa y repliegue en quienes se sienten señalados. Por eso será más fructífero que cada grupo reflexione sobre la obra en que está trabajando sin emplear demasiado tiempo en pensar lo que podrían hacer los demás. Pero dejando claro que aquí estamos implicados todos; no sólo un grupo que se sienta con vocación para eso. Citando de nuevo la C.G.XXXII: *"La solidaridad con los hombres que llevan una vida difícil y son colectivamente oprimidos, no puede ser solamente asunto de algunos jesuitas: debe caracterizar la vida de todos, tanto en el plano personal como en el colectivo, e incluso institucional"* (D.4,n.48).

3. Salvar ya desde ahora.

Lo hemos dicho y recalcado ya antes. Aquí solo quisiera recoger un par de ideas.

Conviene insistir en que, a pesar de la rotura escatológica que supone la muerte, existe una continuidad básica entre el presente y el más allá. Cristo no habría sido resucitado por el Padre -utilizando el lenguaje de la Escritura- si su vida no hubiera sido una entrega incondicional a la voluntad de ese mismo Padre. Igualmente no lograremos un universo nuevo en el futuro si no trabajamos por él en el presente. La reserva escatológica del poder de Dios nos debe servir para no desfallecer en nuestro compromiso, pero nunca lo podremos utilizar para escaparnos de él. Si decimos esperar un mundo donde ya no habrá muerte, ni luto, ni

llanto, ni dolor, hemos de demostrarlo con el testimonio de la vida, combatiendo lo que en el presente mata, enluta y hace llorar y sufrir.

El drama de nuestra libertad está en que podemos hacer fracasar los planes de Dios sobre nosotros, y en que, de hecho, muchas veces los hacemos fracasar. Más de una vez actuamos como si estuviéramos convencidos de que, al final se va a arreglar todo milagrosamente, y no percibimos la urgencia de lo que tenemos entre manos. Esa es la causa de que tantísimas veces, quienes no tienen fe nos lleven la delantera.

Un ejemplo nos podrá iluminar: ¡Cuántas veces hemos interpretado las bienaventuranzas como si glorificaran el dolor presente bajo el señuelo de un cambio de suerte en el futuro! Sin embargo, el contemporáneo de Cristo no las interpretó así. Para ellos el Reino de Dios era un tiempo de justicia, en el que Yahvéh iba a vengar a los que estaban oprimidos. "Rómpele el brazo al malvado -dice el salmo 10- pídele cuentas de su maldad hasta que desaparezca". Las bienaventuranzas sonaron casi como un grito de guerra. Felices los pobres, los hambrientos y perseguidos, porque había llegado el Reino de Dios y por fin se iba a hacer justicia... Podríamos decir que Cristo se equivocó porque nada de esto ha venido. Será mejor que digamos que somos nosotros quienes le hemos hecho quedar mal. El Reino de Dios, tal como era soñado por Jesús, es todavía anhelado para el futuro, porque nosotros, los encargados de llevar adelante su mensaje, nos hemos quedado a medias. El Reino ya está entre nosotros llamando a la puerta. Falta que nos atrevamos a dejarlo entrar.

3. CARACTERISTICAS DEL REINO DE DIOS.

Algunas de las características de este Reino serán:

- a) La fraternidad. Recogiendo las narraciones míticas con las que se abre la Escritura, podemos decir que Dios creó a Adán y Eva para que se ayudaran, aunque terminaron echándose la culpa de su fracaso. Así como Caín y Abel eran hermanos antes de ser asesino y víctima. La

historia, cuando se vuelve de espaldas a Dios, es una lucha de egoísmos que nos distancian. Cristo, origen y punto final de esa historia, aparece como quien recoge lo que está disperso, y rompe las barreras levantadas por el pecado. ¿Nuestra educación rompe barreras, o las hace sólo más flexibles para que resistan mejor los embates que quieran resquebrajarlas?.

- b) La libertad, que presupone e incluye la denuncia y la destrucción de esclavitudes. Aquí nuevamente hemos domado la incisividad del lenguaje primitivo. Porque la palabra mas utilizada para describir los efectos de la misión de Jesús ha sido quizás la de redención. Pero redimir es, en el lenguaje corriente, un correlativo de cautivo. ¿Por qué aplicamos esta imagen a un carcelero-dia**blo**, extraterrestre e invisible, mientras que quienes privan de la libertad tienen hoy rostro, nombre y posición?.
- c) El servicio, porque remontándonos de nuevo al relato bíblico de la creación, ya desde entonces el hombre aparece como un administrador que está a cargo de lo que no es suyo, y que por eso no puede utilizar los bienes del mundo en su provecho exclusivo. Esta idea se prolonga después de Cristo, cuando la Iglesia llama a sus presidentes ministros, servidores del evangelio. Nosotros en cambio, ¿no hemos puesto como base de nuestras filosofías sobre el uso de los bienes del mundo el inviolable derecho de la propiedad privada, dejando su función social como una consecuencia que se debe recomendar, pero no exigir?.

Si estamos de acuerdo, fundamentalmente, en lo que aquí se ha expuesto, es el momento de estudiar cómo llevarlo a la práctica en nuestra situación concreta. Podemos estar ciertos de que si somos coherentes en llevar nuestro compromiso hasta sus últimas consecuencias, vamos a tener dificultades para mantener abiertas nuestras obras, porque habrá de masiada gente interesada en cerrárnoslas. Pero también un día se le presentó a Cristo la misma alternativa, y decidió jugarselo todo.